

Sin título (antes El club del suicidio)
(tercera entrega)

de Toru Watanabe

16

Me imaginaba un futuro próximo con Jos a cargo del país y la simple idea era espeluznante. Carreras de autos, mesas de apuestas, alcohol al por mayor y tetas de todos los tamaños y colores rentadas con el erario público. Con Jos, todo lo que carece de honorabilidad es posible. No me malentiendas, quiero mucho a mi primo, me parece un tipo de lo más simpático, pero el afecto no me impide darme cuenta que él no puede ser dirigente ni de su propia vida. Bueno, pues aún así, opté por estudiar literatura norteamericana y cerré los ojos ante lo que se cocinaba en mi familia. "Que mi hermana se encargue" pensé al principio, y ya en busca de justificaciones agregué: "o si no, que se vaya al traste todo, que Modaro se hunda y con ellos los intereses, las facciones, la política en pleno, junto con los enemigos de la democracia y los asesinos de mis padres". Eso sí, que por favor se mantuviera incólume Puerto Midas, porque ésa era la sede de la universidad a la que planeaba asistir.

Así fue como empaqué, dejé la casa presidencial y me fui con la bendición de mi tío a seguir con eso de hacerme individuo, lo cual, al parecer se me da bastante bien.

Tanta fascinación hacia el surrealismo y a nadie se le ha ocurrido visitar Modaro. Que la ciudad donde estudiaba se llamara Puerto Midas en un país, como ya dije, sin costas, debía haber sido motivo suficiente para traer a Breton a nuestras tierras. Por supuesto hay una historia detrás del nombre la cual aparece cuando logra uno

desentrañar el caldo de mitos, decires de ancianos y dicharajos de familia.

Hay quien dice que nuestros antepasados construyeron canales y el puerto más importante era ése porque ahí se reunían los mapuches con los incas para realizar el trueque. En un fuerte desacuerdo entre líderes de ambos pueblos decidieron romper vínculos y cubrir los canales. Le invirtieron semanas para acarrear tierra y piedras con lo cual rellenar los lechos y poner fin a la relación comercial.

También está la teoría de que en dicha ciudad se estableció la primera estación ferroviaria del país y que antes se le llamaba indistintamente andén o puerto al lugar donde llegan los trenes. Lo de Midas, es por las famosas excavaciones mineras que ahí se realizaron en busca de oro. Hay quien dice que se hallaron asentamientos importantes con los que se constituyeron las grandes fortunas que aún hoy se mueven entre la clase más adinerada. Por supuesto, hay quien dice lo contrario, que el terreno no justificó el esfuerzo de tanto ingenuo, de todos aquéllos quienes dejaron su escaso capital y sus pulmones en busca de un mineral inexistente en dichas tierras.

A mi entender, lo que en realidad sucedió es que el continente americano, desde Panamá hasta la Patagonia, iba a estar partido en dos gajos, y en medio, Modaro, el cual quedaría convertido en una isla. La responsable de tal accidente geológico habría sido la falla de Sucre, descubierta por un sismólogo boliviano del cual no recuerdo su nombre. En un optimismo desbordado, se fundó y se bautizó a la ciudad como Puerto Midas, augurando una prosperidad económica más allá de lo calculable al volverse un punto comercial importante debido a esa supuesta

ubicación: Modaro sería como una pelota entre dos piernas subcontinentales. A su alrededor, agua navegable, como el Cañón del Sumidero, pero tres veces más ancho, eso era lo que se anunciaba. En eso estaban colocadas las expectativas de todo el país hasta que se comprobó que el dichoso científico estaba en un absoluto error: Modaro estaba destinado a seguir incrustado en esa tierra de gigantes y la anunciada fractura no iba a suceder. El error del sismólogo tan sólo venía a restregarnos a los modarenses que habitamos un pequeño pedazo de continente sin costa y que eso no era modificable porque los hados geográficos brillarían por su ausencia. De cualquier manera, el nombre ya estaba acuñado.

Que si desavenencias mercantiles, fiebre de oro o fantasías geológicas, como haya sido, es tan sólo un nombre. El caso es que ahí se encuentra la única universidad del país y en ella, pese a la gama extensa de estudios superiores, es de sorprender que impartieran Literatura. Entre contabilidad, administración de empresas, leyes, odontología, medicina, cosa insólita, encontré una carrera que me permitiera seguir resguardándome en los libros.

Los primeros meses me la pasé exaltando la novedad: amanecer en un departamento absolutamente mío, tender mi propia cama y prepararme el desayuno (aunque con un menú algo limitado, pero quién necesita variedad cuando descubre la machaca con huevo). Bañarme con la puerta abierta, deambular en cueros. Después caminar a clases, cumplir con mis materias, rendirle culto a la soledad apuntalada con horas de lectura. Y ya en las tardes recorrer las calles de Puerto Midas que se volvieron mías porque fueron obtenidas a partir de mi elección; la pura idea era exultante. No son

muy bonitas, ni en sueños podrían pasar por Venecia ni Nueva Orleans, que aunque no conozco esas ciudades quién no ha visto fotos. O bien, no son Coyoacán ni tienen un kiosko como el de Santa María de la Ribera, ya ves, si a México ya lo conozco y aprecio, y aunque no sé cuánto tiempo me quede aquí, ya es un referente, una acotación, un ejercicio comparativo que surge, aunque uno no lo quiera, a partir de lo observado. Bueno, pues que las calles de Puerto Midas fueran de una belleza media, no importaba, era mi ciudad, con ese chile morrón relleno de carnero que venden casi en cada esquina o las albóndigas de plátano bañadas en dulce de leche y el agua de arroz con canela que nada tiene que ver con ese brebaje empalagoso que venden en esta tierra. Sé que México tiene un panorama gastronómico tan vasto que entrar en el tema es subirse al ring con el pugilista más entrenado y que uno no debería participar de comparaciones culinarias (mira, una ventaja de este monólogo..., no..., olvida que dije eso). Pero en este momento de nacionalismo acrecentado me dan ganas de soltarte todo el recetario: conejo en adobo, yuca endulzada, el caldo de siete carnes, los chumbeques de higo o aquel copuz en achiote que a la cocinera de la casa presidencial le quedaba insuperable.

En fin, en aquellos meses me reafirmé como otro, logré desprenderme de mi circunstancia inicial y trabajar sobre una propia. Hasta que el idilio con la soledad llegó a su fin porque el simple hecho de permanecer cierto tiempo en un lugar termina por volverte un ente social. Además, tarde o temprano, mi apellido funciona como un imán, no hay manera de interactuar con maestros y compañeros sin recibir a cambio sus posturas, sus opiniones y discursos, su pasión al fin y al cabo porque la política termina por traducirse en eso: tripa y desgarré, si no, qué chiste.

Las noticias de la radio y los artículos del periódico me empezaron a llegar sin que los solicitara, la gente insistía en informarme de lo que estaba sucediendo en el país como si fuera mi responsabilidad o como si me importara. Por más que me hiciera el sordo, algo quedaba claro: mi tío sí que estaba haciendo de las suyas.

17

¿Leyenda urbana o nota roja? Que fulanita quiso meter una planilla de ácidos de contrabando y al llegar al aeropuerto se la metió en el calzón: murió de sobredosis. Que si perengano era alérgico a la cocaína y en su primer pase cayó muerto. Que si sutanito se metió sólo una tacha y quedó paralítico durante horas. Pues nada de esto parecía importarles, no leían una advertencia en dichas historias. Y yo, el cuerpo flojo y la cooperación convertida en insignia, consumía lo que me ponían enfrente.

Y entonces apareció Neal Cassady. Qué otro personaje iba a ser Mariano, si no había orificio en su cuerpo que no fungiera de receptáculo de cuanto alucinógeno, estimulante o bajoneador hubiera en el mercado subterráneo que era la colonia Juárez. Amigo de Claudio, unos cuantos años más grande, aún así, viejo compañero de la preparatoria gracias a que había sido consistentemente mal estudiante. Mariano regresó de alguna ausencia, un viaje a quién sabe dónde, tampoco sé con qué propósito ni por cuánto tiempo. Estaba de vuelta, era lo único que pude obtener en claro y cuando la información no se provee de manera fácil, más vale no seguir escarbando. Tú misma fuiste algo ambigua cuando te pregunté, así que decidí tomarlo como una señal de que convenía no enterarse.

Mariano es la versión dilatada de Claudio. Con Mariano, las situaciones y la ingesta se elevan tres grados y, si no fuera porque la pasamos tan bien, me hubiera tomado el tiempo de preocuparme. Al menos un poco. No mucho, porque eso sería indigno, no haría juego con Paulina ni con tus amigos y me colocaría de nuevo en el papel del recién llegado. No pensaba volver ahí. Pero sí un poco, el contraste de quién era cuando llegué a México y del renovado Nicolás, era suficiente motivo para darle una repasada a mis prácticas, reflexionar sobre la salud, o más en concreto: sobre el estómago, el corazón, el hígado y el páncreas. Eso era todo, la verdad aquel slogan de "las drogas destruyen" ha generado más chistes que pavimentado veredas hacia la rehabilitación. Además, a qué le tiran cuando hablan los publicistas gubernamentales: hongos, peyote, mariguana, ácidos, cocaína, heroína, hashish, éxtasis, opio, popers, anfetas, jarabe para la tos. Tan amplia la gama como etnias en el mundo, de qué van siendo tan categóricos al agruparlas a todas como si fueran lo mismo.

Cuando son los clérigos que con cara de susto hablan de "las drogas" (así, ese conjunto nominal tan satanizado pese a lo poco preciso), y declaran que son señal de deterioro y de baja autoestima, me acuerdo de inmediato de un pueblo en Modaro donde se encontraba la congregación religiosa más importante del país y es sabido que practican rituales de autoflagelación. Tan es así que una vez al año inundan las calles y se dan a la tarea de maltratarse en público. No sé qué escala podríamos ponerle a eso de la autoestima, pero en definitiva yo sí he consumido diversos aditamentos para divertirme y en cambio, eso de los latigazos y la corona de espinas no es lo mío.

En fin. Volvamos con Mariano. Siempre carga consigo una cámara Polaroid y un estuche de marcadores con los que redecora las fotografías. Sus fotos estaban por todos lados, desde las obscenas y ridiculizadoras hasta las secuenciales que convierte en una especie de tira cómica. Yo, quien fui la víctima favorita durante las primeras semanas, tenía ganas de aprovechar algún momento de distracción y hacer perdedizo el artefacto. No podía protestar, hubiera sido demasiado ñoño de mi parte, todos ponderaban las fotos de Mariano y había incluso quienes las catalogaban de trabajo artístico (vaya, qué laxas se han vuelto las definiciones del arte) así que pedirle que me dejara en paz no era una opción. Sí lo era, como ya dije, encargarme de que la cámara se extraviara, pero a pesar de tener múltiples oportunidades, no lo hice, aguanté hasta que fui sustituido por otras caras.

Mariano había tenido una revista, una galería, un bar. Por supuesto había sido mesero, ese oficio ineludible, muchas veces transicional y siempre un gran recurso cuando no se sabe para dónde voltear. También había sido coime en un billar de la colonia Obrera y sparring en un gimnasio a espaldas de la Merced. Fue mensajero de un banco durante una escasa semana pero con eso basta para anexarlo a la lista. Vendió tiempos compartidos por teléfono y exprimidores eléctricos de puerta en puerta. Por ahí se decía que cuando adolescente le había entrado a la prostitución y se hablaba de otros renglones en su currículum aún más peculiares: que si había vendido su semen y su sangre, que si se había contratado como conejillo de indias en un laboratorio de reputación dudosa, que si de su cabello se habían hecho pelucas. Un surtido curricular como para dos vidas.

Él mismo es un mito urbano. Es el *non plus ultra* de los chilangos. La necesidad es un resorte, sin apoyo de la familia no hay de otra que buscar la subsistencia. Pero hay algo más, una actitud de desapego, un escepticismo constante. Tras el entusiasmo inicial que permea cada nuevo trabajo, cae de golpe en ese estado de decepción. Los objetivos pierden su gracia, los medios se vuelven monótonos, y el dinero por el dinero mismo parece un incentivo exiguo. Mariano es un representante más del desencanto, no es cierto, es el embajador mismo, un ícono de la desilusión que llega para fortalecer mi juego mental de ser testigo de esta generación apaleada. Unos beatniks con todas las acepciones del beat: pulverizada, beatífica, pulsante. Mariano parece disfrutar enormemente la vida y a la vez, desdeña sus límites, confronta a la muerte, la reta. Pero qué te digo yo, si ya conoces a Mariano, te ha tocado asombrarte con él, ser invitada por él a esa montaña rusa emocional que siempre lo acompaña, ser arrastrada por su flujo.

Lo que sí te voy a contar, porque no estuviste ahí, fue la noche de la Farmacia Santa Teresa. Leonardo no había querido ir, dijo que ya había dejado atrás esa etapa y que no pensaba recaer. Rodrigo no estaba, no recuerdo por qué, tampoco tengo claro en qué momento accedí a unirme. Mariano, Claudio y yo fuimos a la farmacia con una receta médica de Tafil en cantidades suficientes para relajar a un elefante hiperquinético.

La empleada se perdió en la trastienda para regresar acompañada. Un señor ya mayor, la profesión en el porte y en los años, revisó la receta con detenimiento. Tan sólo el preámbulo ya me tenía nervioso. Con la receta en la mano y por encima de los lentes el señor preguntó:

-¿Quién es el paciente?

-Mi papá- contestó Mariano, veloz, anticipándose a la intervención de Claudio, supongo que de mí no esperaba nada, yo enmudecido, tieso, queriéndome mimetizar con las repisas de productos. El Señor Farmacéutico revisó a Claudio y a Mariano como si quisiera levantar un perfil de los clientes, catalogarlos, y supongo que no encontraba frente a él al hijo responsable que va por el medicamento para el padre. Se acercó al teléfono y comenzó a marcar los dígitos que aparecían en la receta. Volteé a ver a Claudio, quien traía cara de "qué sigue".

-¡Espera!- gritó Mariano, transformado en quién sabe qué personaje rudo, con una bola de cristal enorme en la mano, uno de esos pisapapeles con un remolino de colores en su interior (¿de dónde lo sacó?, ¿lo traía en su gabardina?). Ni cómo sentirse amenazado con esa arma sicodélica, Claudio no puede evitar sonreír, mientras el Señor Farmacéutico y la Señorita Asistente lo miraban confundidos, no hacían suya la amenaza aunque sí lo sorpresivo de la escena. Mariano estaba indignado porque no logró provocar la reacción deseada, así que, sin soltar el pisapapeles, golpeó con éste el mostrador. El vidrio reventó, los objetos que estaban en la superficie cayeron al interior del mueble, el estruendo le dio la bienvenida a la noción de peligro y entonces sí Señor y Señorita se sentían amenazados. Mariano sostuvo la bola de cristal en alto, el Señor abrió la caja registradora y le estiró un puño de billetes.

-¿Por quién me tomas, cabrón?-, gritó Mariano ofendido y sólo él comprendía lo que era una ofensa en esas circunstancias, a mí la verdad se me escapaba, a ellos también de seguro, representantes activos de esta sociedad.

Mariano le dio un manotazo al Señor, los billetes salieron volando, y se dirigió a la Señorita:

-¡Súrteme la receta!

Mariano era demasiada película para mí. Yo no soy Matt Dillon, si acaso reencarnara en alguien sería un Woody Allen, por ejemplo, alguien inseguro, demasiado consciente de sí mismo, incapaz de actuar de manera espontánea. Yo no soy el socio adecuado. Claudio sí, por lo visto, que no había parado de sonreír desde que Mariano desató esta situación.

-¡Es más, duplícamela!- gritó hacia la trastienda donde la Señorita estaría temblando de miedo, reuniendo el botín. Yo, que estaba a punto de poner las manos en alto como si fuera una de las víctimas y no el cómplice de ese loco, estaba con los nervios a flor de piel, y el hecho de que Claudio lo encontrara todo tan simpático me terminaba de alterar. Di un paso hacia atrás y las columnas formadas por latas de leche en polvo se colapsaron, rodaban por todos lados, Claudio soltó una carcajada mientras Mariano le arrebató la bolsa a la Señorita y salimos de ahí esquivando mi desaguisado.

Sé que no te dijeron nada, no se habló del tema, quedó entre los tres y aunque no había una instrucción explícita de apegarnos al silencio, entendí que era como debía ser y mejor para mí. Olvidarlo, enterrar el asunto. Si lo hablábamos, algo me decía que Mariano se iba a encargarse de minimizarlo, de vestirlo de aventura, y Claudio encontraría de nuevo su habitual mecanismo de la risa. Yo prefería seguir invocando el susto, la verdad me parecía más saludable. Un pie sobre el terreno de los cuerdos, así debía mantenerme, y no podrás negar que con ustedes cerca, era bastante meritorio.

Un día, Jack y Burroughs estaban sentados en un bar en plena plática, ¿sobre qué?, puedo inventármelo: 23 y 31 años respectivamente, ambos con experiencia penitenciaria a cuestas tras solapar a Lucien Carr quien mató a un enamorado suyo. La vida, la cárcel, el alcohol, la literatura. Frente a una barra, bebían una porción de realidad ficcionada *on the rocks* para encontrar, como dice Rodrigo Fresán, "un poco de calma en la llanura de lo aparentemente irreal". En la televisión se mostraban las noticias habituales, quizás las secuelas de la segunda guerra mundial, no sé, la fundación de las naciones unidas, lo que sea que estuviera sucediendo en el '45. Para cerrar el programa, transmitieron la noticia de un incendio en el zoológico de Saint Louis que ocasionó que se elevara la temperatura en el agua de los hipopótamos hasta alcanzar un punto mortal. Así, el comentarista, sorprendido él mismo por las palabras conforme las estaba emitiendo, dice *and the hippos were boiled in their tanks. Good night everyone.* Jack platicaba que Burroughs tomó de ahí la frase que habría de convertirse en el título de la novela que escribieron entre ambos (un "me toca, te toca", capítulo a capítulo) en la que narraban los sucesos en torno a la aventura criminal de Lucien Carr. El texto fue rechazado por diversas editoriales y ve tú a saber en manos de quién se encuentra ahora porque se me ha vuelto imposible conseguirlo. Por lo visto, esas palabras ensambladas a dúo también hirvieron en su propio tanque y son ahora sedimentos en el fondo del olvido. Lástima.

Al parecer la película era un clásico y no sé si tenían ganas de verla de nuevo o era una especie de ritual de iniciación verla conmigo. Y yo era el público más dispuesto, cualquier actividad que oliera a complicidad me hacía sentir más seguro, más afianzado con Paulina.

Estábamos en la sala, tú en un vaivén entre la cocina y la estancia, jugando a la casita. Que si las papas y los refrescos, que si el cenicero, que si unas palomitas de microondas y la ineludible salsa Valentina (qué veneno es ése que yo no conocía y al cual ahora soy adicto).

La película es buena, no hay duda, pero en es contexto era todavía mejor. Recostados en la alfombra, entre cojines, Paulina y yo de un lado de la mesita de centro y tú con Claudio del otro lado. Cuarenta minutos de *True Romance*. En la pantalla, estaba sucediendo una escena con cierta tensión dramática:

-Lo maté. Te compré una hamburguesa con doble queso. Me estoy muriendo de hambre.

-¿Estás bromeando?-, la chica llora a mares.

-¿Por qué carajos lloras? Él no vale una sola de tus lágrimas ¿Hubieras preferido que fuera yo? ¿Lo amabas? ¡Contéstame!, ¿lo amabas?

-No puedo creer que lo hayas matado. Es lo más romántico que han hecho por mí-, ella se arroja a sus brazos. Se besan.

Paulina y tú, las cejas a dos aguas, enternecidas por el abrazo, o por aquello del crimen con visos románticos, qué sé yo, la verdad es que estoy tratando de encontrar el tono adecuado, pero yo soy de ésos que cree que la violencia y el romance pertenecen a distintas historias. Ustedes no piensan así, por lo visto, y la basura blanca

norteamericana, la cocaína, las pistolas y el amor intenso conforman un panorama completo.

Aunque debo admitir que las conversaciones con Elvis Presley mientras Clarence orina me dan mucha envidia. Yo también quiero un Elvis, la verdad me sentaría muy bien, sobre todo considerando los baños tan coloridos que he visitado en México. Tener mi amigo imaginario halagándome en esos momentos me haría más llevadero el surtido olfativo que hay que soportar.

Según entendí, la escena favorita de Claudio es cuando Christian Slater y Patricia Arquette hacen el amor en una cabina telefónica a pie de carretera, él ayudado de la sección amarilla para ganar en altura. De pie, la ropa jaloneada, el estrujón, los lengüetazos. Bueno, tal vez el término "hacer el amor" no es el más apegado; coger, follar, taladrar, o el "echar un polvo" que usan los españoles y que tanto me desorienta. El caso es que se podía oler la testosterona en tu casa, Claudio estaba encendido, su mano te buscaba, primero sobre el muslo y de ahí en ascendencia. Paulina inmutable (por supuesto) y yo en un esfuerzo insólito por concentrarme en los jadeos de la pantalla pero de alguna manera sin lograrlo del todo, el rabillo de mi ojo imantado por la erección de Claudio y tu remoloneo, la mano de él abarcando un radio tan amplio como impúdico. Hasta que de plano, sin voltearnos a ver ni soltar algún pretexto, se fueron a tu habitación.

Ignoro si esto pasaba a menudo entre Claudio y tú. Lo que sí entendí en ese momento es que soy el único pelmazo que se mortifica por la falta de claridad en los roles. Que si amigos, que si pareja, a ustedes les daba igual, no iban a perder el tiempo en establecer papeles cuando lo divertido residía en ejercer.

Las encontré. Es evidente que las encontraría, si éste es un planeta mixto y en la operación Estados Unidos + años cincuenta no hay motivo alguno para que no figuren. Yo sabía que trabajar en ahí me iba a ser útil. Y como si mi pregunta de ¿dónde se meten las mujeres? fuera una especie de invocación, comenzaron a brotar como margaritas en el campo de mi ignorancia. Joyce Johnson, Diane Di Prima, Elise Cowen (otra del club del suicidio), Helen Adam. Plop, plop, brincan de los pasillos de la biblioteca. Y resulta que Carolyn Cassady hizo más que tolerar y mantener la adolescencia perenne de Neal, de hecho tuvo la capacidad de que ése fuera su rol secundario: escritora, escenógrafa, pintora; todo el abanico.

Puedo decir esto porque no tengo a Jos de testigo: esa costumbre que el marido le herede su apellido a la esposa es una marranada, una necesidad absurda de marcar territorio de manera primitiva y con el aval de la sociedad. Lo que termina sucediendo es que se aplica un cierto desdén (sí, confieso que a mí me pasó) hacia los méritos de las mujeres cuando su tarjeta de presentación porta el apellido de otro y además, de alguien reconocido. Joanna McClure, Joan Kerouac, Eileen Kaufman, Hettie Jones; no fueron protegidas por un apellido y en cambio sí, con éste les llegó de forma implícita la extensa serie de pendientes domésticos, porque para que alguien practique la adolescencia perpetua, debe tener su contraparte que esté dispuesta a hacer la compra, lavar la ropa, empuñar la escoba de vez en cuando.

Lo tengo: Paulina es Ruth Weiss: "muero cada vez que voy a México / y regreso renacida". Eterna sobreviviente,

madre de las lecturas en *jam sessions*, testigo de otras muertes y resurrecciones en México. Ella sí que vivió la guerra, nacida judía en Europa, ni más ni menos, así que no tiene que poner a prueba su existencialismo porque estuvo ahí cuando el mundo se perdió por completo.

No te equivoques conmigo, no soy feminista, si soy modarense, por Dios, y ser ambas es irreconciliable. Si me distraje fue por Paulina, (para variar, últimamente distraerme por ella es un trabajo de tiempo completo), en este afán mío de acomodarla en la escena, en ese símil que vengo construyendo entre ustedes y la Beat, y eso que aún no te asigno un papel a ti, pero por ahora dejémoslo así, qué tanto lo necesitas después de todo si este presente tuyo te tiene inactiva, en la cama, la máquina conectada a tu cuerpo.

Mejor volvamos a los beatniks, los hombres, el mismísimo club de Tobi. Así como las horas en la biblioteca alimentaron mi romance con la Beat Generation, en algún punto tuve que combatir el efecto contrario. El problema es cuando surgen los detractores y uno les presta atención. Para colmo, el vicio del internet. En Modaro sólo había dos computadoras que servían de enlace al ciberespacio y eran tan socorridas que yo ni siquiera me apuntaba a la lista de necesitados. En cambio, en México es tan fácil acceder al internet como lo es desarrollar una adicción hacia éste. La de cosas con que se topa uno, parece una campaña despedaza-imágenes, no importa cuán sólido sea el ícono, siempre habrá alguien dispuesto a convertirlo en falda de hawaiana. Jack está muerto, por lo tanto alguien debe ofenderse por él. Y yo tenía mucho tiempo en mis manos.

Un poeta inglés de la época, George Barker, quien no se tomaba muy en serio a sus contemporáneos yanquis, escribió:

I hear the beat
No, not of the heart
But the dull palpitation
Of the new art

Y unos editores, también ingleses, publicaron que la Beat era "un fenómeno divertido sin más conexión con la literatura que el hombre con la luna". Zas.

Beatnik. La expresión original y correcta para nombrar a estos sujetos es en realidad *beatster* o *beat* a secas, y derivó a *beatnik*, término que he estado usando a mis anchas y que en realidad tiene una procedencia peyorativa. Nada más lejos de mi intención. Han habido otras palabras que se acuñan inicialmente con una carga despectiva y que al paso del tiempo es ese barniz el que se desgasta y queda lo de abajo, la definición, un mero apodo sin malicia: gringo, chilango, hippie.

Se dice que en 1958, el columnista Herb Caen, algo cansado por la atención atraída por la Beat Generation y con el sufijo -nik en el ambiente, o para ser más preciso, en el espacio, gracias a Sputnik, el primer satélite artificial que logró ponerse en órbita, acabó con la palabra *beatnik* publicada en su columna, la cual nos remite al viejo y despectivo término norteamericano *no-goodnik*, slang que significa "bueno para nada". Así se ancló dicho término que nunca acabó de agradar a los representantes de ese grupo y por más que Jack, poco más tarde, intentó darle una connotación espiritual conectándolo con beatífico o beatitud, no hubo manera de retirar la estaca.

Cuentan que Jack era homosexual pero era tan puritano que nunca lo aceptó, por lo tanto le dio por practicar el doble bateo y ser bisexual. También dicen que en realidad era un hombre de derechas que en nada rima con esa imagen suya del tipo libre, desapegado a las normas e instituciones. Que si detestaba a los judíos y a los negros pese a ser muy amigo de Allen Ginsberg y cercano a LeRoi Jones e incluso haber escrito en *On the Road* que le hubiera gustado nacer negro. Que si apoyaba la guerra de Vietnam, que si estaba dispuesto a encamarse a su madre, que si detestaba a los comunistas. Abajo el internet y los cascarrabias que hospeda, no quiero saber más.

Qué va de dichas palabras a aquéllas del propio Ginsberg que caminan en sentido contrario: "Pienso que las generaciones más jóvenes han sido atraídas por la exuberancia, el optimismo libertario, el humor erótico, la sinceridad, la energía sostenida... Tenemos un gran trabajo por delante, y lo estamos realizando, en una tentativa por rescatar el espíritu de América".

Yo sí caí bajo el embrujo, lo tengo claro desde hace años y es eso lo que me ayudó en mi camino a México, me impulsó a terminar en esta tierra mestiza cuyos contrastes tanto sedujeron a Jack: "Heme aquí en la ciudad de México, lluviosa noche de sábado, misterios, viejos sueños de pequeñas calles innombrables por las que he caminado entre una multitud de sombríos Indios Vagabundos envueltos en patéticas cobijas que te hacen llorar". Cómo no venir.